

SECTOR TURÍSTICO EN CUBA

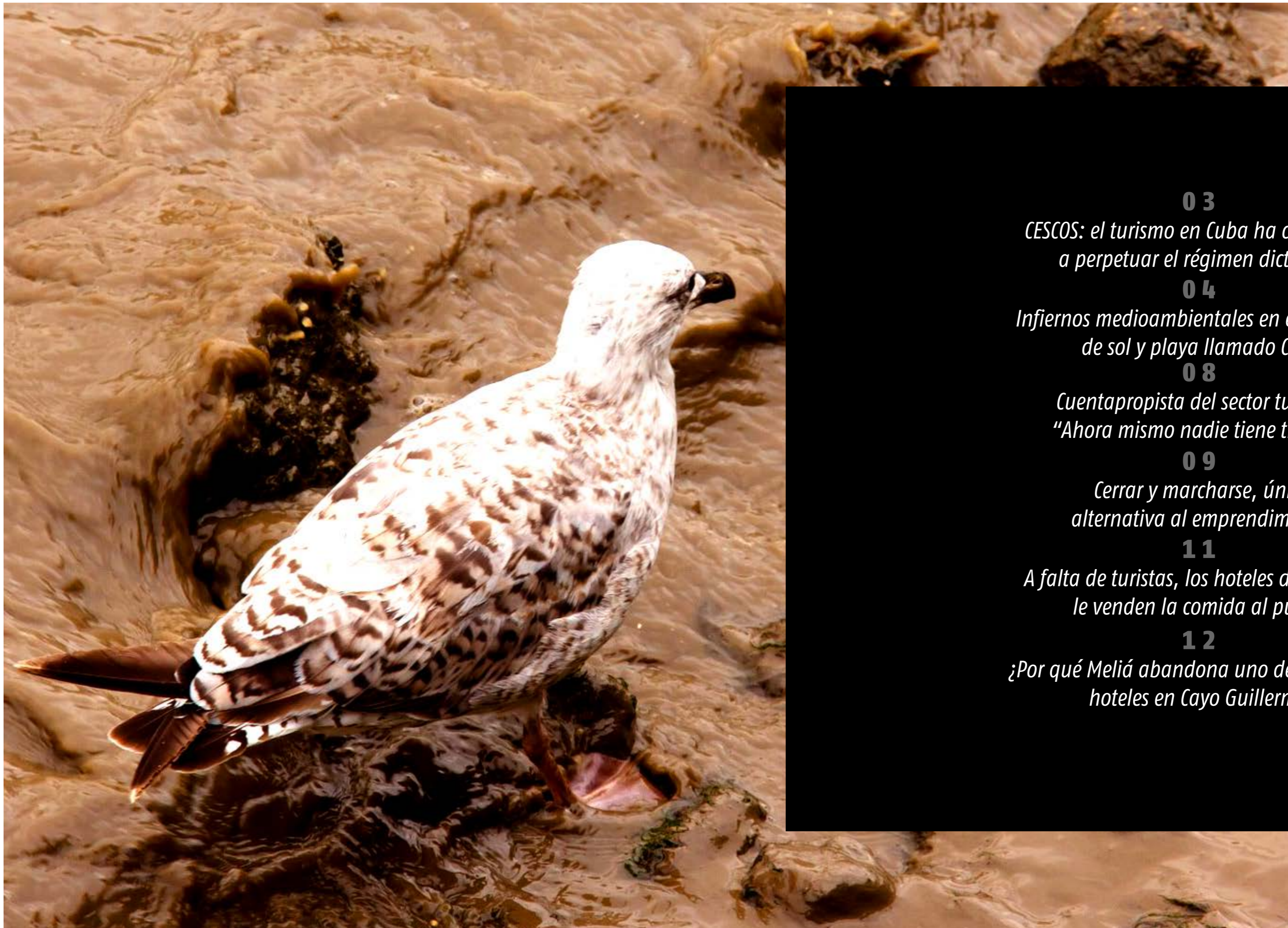
CUBANET



www.cubanet.org

SELECCIÓN MENSUAL DE ARTÍCULOS Y NOTICIAS SOBRE
EL SECTOR TURÍSTICO PUBLICADOS EN NUESTRO SITIO DIGITAL

ABRIL 2021



03

CESCOS: el turismo en Cuba ha contribuido a perpetuar el régimen dictatorial

04

Infiernos medioambientales en el "paraíso" de sol y playa llamado Cuba

08

Cuentapropista del sector turístico: "Ahora mismo nadie tiene trabajo"

09

Cerrar y marcharse, única alternativa al emprendimiento

11

A falta de turistas, los hoteles del régimen le venden la comida al pueblo

12

¿Por qué Meliá abandona uno de sus mejores hoteles en Cayo Guillermo?



CECOS: el turismo en Cuba ha contribuido a perpetuar el régimen dictatorial

“La dinámica que ha rodeado al sector turístico en Cuba, aunque conocida, ha sido subestimada, y es una estrategia decisiva para la permanencia del régimen”

CUBANET

MIAMI, Estados Unidos. – El Centro de Estudios para las Sociedades Abiertas (CECOS) transmitió este miércoles a través de varias de sus plataformas la conferencia La Economía Política del Turismo en Cuba, un evento “que invita a la reflexión en un momento muy importante y posiblemente definitorio del proceso político en la Isla”.

Con la presencia de Pedro Isern, director ejecutivo de CECOS, profesor de la Universidad ORT, Uruguay; Leonardo Martín, director de Programas de CECOS, profesor también de la Universidad ORT, Uruguay; y René Bolio, jurista mexicano, presidente de la Comisión Mexicana de Derechos Humanos y de la Comisión Justicia Cuba, todos integrantes del Frente Hemisférico por la Libertad, La Economía Política del Turismo en Cuba se centró en las consecuencias que tuvo para los cubanos la apertura del país al turismo en la década de 1990, y cómo la creciente industria contribuyó a perpetuar la dictadura en el poder.

“Después del colapso soviético, la economía cubana atravesó una situación desesperante. La llegada masiva de la inversión extranjera en el sector turismo y el arribo de millones de turistas europeos, canadienses y latinoamericanos contribuyó a la estabilidad del régimen en mucha mayor medida de lo que contribuyó al bienestar de la sociedad civil cubana”, estableció desde un inicio el programa CECOS, que, a decir de Leonardo Martín, pretende apoyar y visibilizar los crecientes desafíos que enfrentan las democracias liberales.

Para Martín, “el régimen cubano solo cuenta con historias de pobreza, exilio y muerte, y la crisis mundial generada por la pandemia del coronavirus en 2020 ha traído a Cuba en el último año y medio un dramático descenso del PIB, que sumado a la catastrófica caída del turismo, y seguramente de las remesas internacionales en la medida que la pandemia afecta económicamente otras partes del mundo, ha sumido al país en una crisis económica muy aguda de la cual es posible que el régimen cubano no salga indemne”.

En su disertación, el director de Programas de CECOS aseguró que, a pesar de que el mayor acceso a Internet desde Cuba ha hecho posible denunciar cada día la “oprobiosa represión” de la dictadura contra sus ciudadanos, desde CECOS “hace tiempo venimos trabajando, investigando, tendiendo puentes y tratando de articular espacios de discusión sobre los retos del proceso de transición en Cuba”.

“Hoy presentamos una primera instancia de análisis concreto, y del diagnóstico del turismo, que debemos concientizar para contrarrestar el discurso tibio de varios de nuestros países para con el régimen. No es moralmente neutra la inversión extranjera del turismo en los últimos 30 años en Cuba. No lo es, no lo ha sido, y no lo será”, denunció Martín.

Según el catedrático, “el turismo contribuyó a perpetuar un régimen dictatorial, y no fue objeto de beneficios, en la misma proporción, para la sociedad civil oprimida por el régimen. Es importante señalar la hipocresía de las grandes cadenas hoteleras, y la indiferencia del turismo que se ha desarrollado, sin ni siquiera reparar en la desdicha y la falta de libertades que sufren quienes los reciben. Este fenómeno ha sido particularmente importante para la sobrevivencia del régimen”, sentenció.

Por su parte, Pedro Isern, director ejecutivo de CECOS, aseguró en su ponencia que, si bien el turismo jugó en los 90 un rol prácticamente humanitario, debido a las condiciones en las que se encontraba el país, en el llamado Período Especial, no significó una ayuda real para el pueblo y sí una manera de fortalecerse el régimen castrista.

Según Isern, luego de la caída del bloque socialista, la bonanza y el florecimiento de la economía a nivel mundial llegó a la Isla de la mano del turismo, que le otorgó a la dictadura “un poderío que la ubicaba por encima de una sociedad civil cubana que no percibió la llegada de

esa abundancia. Ese sector perjudicó más a los cubanos de lo que los benefició”, dijo.

“En la revolución post 1990 se incrementaron las carencias materiales y la represión, el régimen capturaba toda la renta generada y la sociedad civil quedaba debilitada, humillada y corrompida. El turismo posterior a la caída del muro fue un instrumento para fortalecer al gobierno y para debilitar a la sociedad civil, que se encontraba a la expectativa de ser partícipe de un proceso de transición”, señaló Isern.

“La dinámica que ha rodeado al sector turístico en Cuba, aunque conocida, ha sido subestimada, y es una estrategia decisiva para la permanencia del régimen”, acotó.

A manera de conclusión, el jurista mexicano René Bolio manifestó que la apertura al turismo internacional que tuvo lugar en Cuba en la década del 90, en plena crisis económica, fue la manera que Fidel Castro encontró de tener ingresos frescos con poca inversión, “porque Cuba tiene la ventaja de estar ubicada en el Caribe, tiene sol y playa, buen clima, y la cultura, la música y la gente la hacen un destino muy atractivo, algo que el régimen ha sabido explotar”.

El director del Justicia Cuba llamó la atención que esa apertura tuvo consecuencias, “por un lado, la económica, porque le dio recursos a la dictadura, moneda dura, y por otro le permitió mostrarse al mundo no como Corea del Norte o Irán, países a los que no se tiene acceso, sino como un lugar relativamente amigable”. Parte de esta manera de proyectarse al mundo es lo que ha permitido la creación de una imagen positiva en quienes no están informados de la desgracia que se vive, afirmó.

Sin embargo, explicó, el mayor impacto ha sido en materia de derechos humanos, y en esta categoría hay tres que son fundamentales: “el primero de ellos es el turismo sexual, algo que es promovido por el propio gobierno; el segundo, la explotación laboral, pues el régimen se ha encargado de lucrar con el trabajo de sus propios ciudadanos; y tercero es el impacto que ha tenido la esfera de turismo en la sociedad cubana, a la que se le niega, históricamente, el acceso a estos lugares”.



Infiernos medioambientales en el “paraíso” de sol y playa llamado Cuba

El pedraplén que une a Cayo Coco con tierra firme, ideado por Fidel Castro, todavía es una de las mayores catástrofes ecológicas de Cuba.

CUBANET

LA HABANA, Cuba. – En la carretera a Cayo Coco todavía se puede ver la pancarta con la orden de Fidel Castro que dio inicio a una de las mayores catástrofes ecológicas en Cuba.

“Aquí hay que tirar piedras sin mirar para adelante”, fue lo que dispuso el dictador en los umbrales de la década de los 80 cuando aún no se escuchaba hablar de “inversión extranjera” ni se avizoraba la crisis económica de los años 90, como consecuencia de la caída del comunismo en Europa del Este.

En aquel entonces, con los recursos de los soviéticos a su disposición, el antojo del caudillo fue construir improvisadamente un pedraplén sobre el mar que uniera Turiguanó, en Ciego de Ávila, con los cayos Coco y Guillermo, a más de 60 kilómetros de tierra firme.

Ocuparía y contaminaría miles de kilómetros cuadrados de humedales. Desaparecería y pondría en riesgo cientos de animales y plantas endémicos, más los sitios de reproducción de muchas especies migratorias, pero se haría su voluntad “al precio que fuera necesario”.

Eran islotes deshabitados, infectados de mosquitos, prácticamente vírgenes, sin reservas de agua potable pero igual eran usados esporádicamente como coto de caza privado por el comandante Guillermo García Frías —ministro de Transporte en los años 80 y, posteriormente, nombrado director de la Empresa Nacional de Flora y Fauna—, que fue quien le habló en los años 70 de las buenas playas y zonas ideales para la pesca submarina, uno de los pasatiempos preferidos por el líder comunista.

Fidel Castro los había visto alguna vez, cuando el avión en que viajaba sobrevoló la zona, pero no le prestó demasiada atención. Ya tenía su más querida propiedad en Matanzas, en un islote conocido como Cayo Piedra, a donde solía viajar acompañado de su familia. Sin em-

bargo, los comentarios reiterados del amigo sobre aquel lugar casi inaccesible le despertaron el interés por colonizar los Jardines del Rey.

Así los visitó en varias oportunidades. Lo hizo a bordo de su yate personal, el Aquarama, y custodiado por una cuadrilla de helicópteros con tropas y aviones de combate. Pero con los años 80 llegó la crisis migratoria del Mariel y la zona marítima del norte se tornó peligrosa con tantas embarcaciones provenientes de Miami en las proximidades.

Después de varias exploraciones —demasiado en los límites de las aguas territoriales cubanas—, el equipo de seguridad personal de Fidel Castro concluyó que visitar la cayería norte de Cuba por la vía marítima era una operación en extremo riesgosa.

Fue entonces que comenzó su obsesión por construir una conexión terrestre, que facilitara una vía de acceso alternativa y estratégica para la evacuación rápida, aunque por la magnitud de las obras (con la cantidad de fuerza de trabajo y recursos que ocuparía), se presentaba el contratiempo de no poder ejecutarlas de manera discreta.

Así, en 1980, después de nombrar ese mismo año a Guillermo García Frías como ministro de Transporte, en

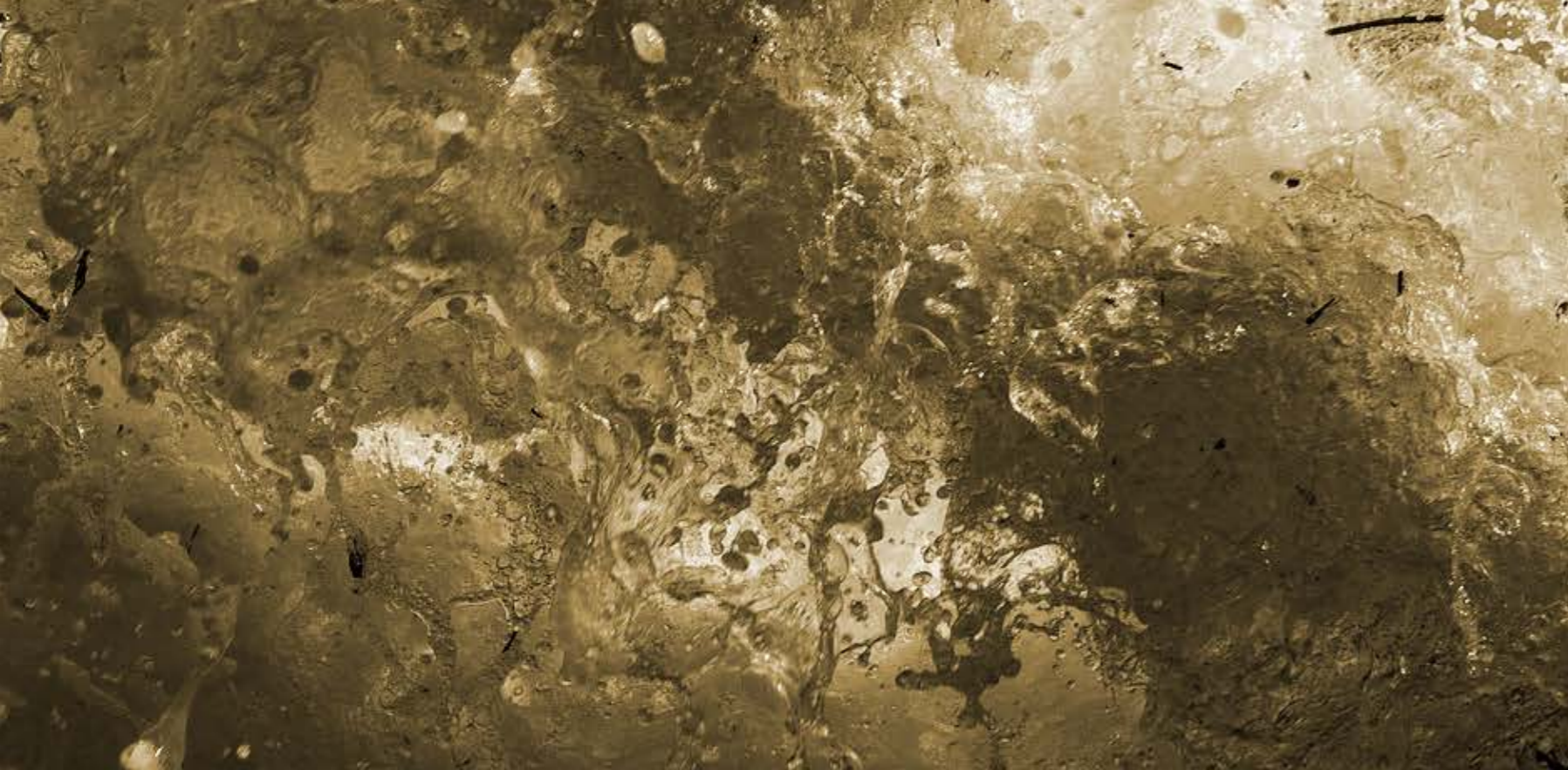
sustitución del general Enrique Lussón Batlle, y aprovechando los festejos oficiales por el 26 de julio en la provincia, se le ocurrió prometer a los avileños el acceso a “playas dignas para que vacacionaran los obreros con sus familias”, pero hasta la actualidad ningún trabajador cubano, cuya economía personal y familiar dependa exclusivamente de un salario estatal, ha podido visitar los cayos como turista con totales derechos.

En 1983, sin estudios previos sobre el impacto ambiental que tendría la construcción del vial, comenzó el vertimiento al mar de toneladas de piedras y áridos extraídos tanto de canteras de tierra firme como de los propios cayos, donde llegó a haber una veintena de yacimientos, algunos de ellos todavía en explotación.

La obra se extendería desde la Playita Militar, en Turiguanó, hasta La Silla, al sur de Cayo Coco. Atravesaría decenas de cayos, entre ellos Rabihorcado, donde acamparon durante meses tropas de soldados hasta que, oficialmente, el 26 de julio de 1988 las dos puntas del pedraplén se encontraron.

“Primero fue una sola brigada tirando piedras como locos. Después, cuando se hace el Contingente El Vaquerito, se formaron dos grupos, uno en tierra firme y el otro en los cayos. (El propósito era) avanzar desde ambos lados para aminorar el tiempo. Uno desde la Playita Militar y el otro desde La Silla, en Cayo Coco, atravesando Cayo Rabihorcado. (...) Llevar las máquinas y los camiones y mantener la brigada en los cayos fue una odisea, aquello estaba virgen, era casi imposible llegar si no era con la técnica militar, como si se tratara de un desembarco”, dijo a CubaNet el ingeniero civil Evelino Pons, actualmente jubilado. Él estuvo entre los primeros especialistas reclutados para el proyecto en la cayería norte. Graduado en el Instituto Técnico Militar de La Habana, fue enviado a Ciego de Ávila como primera ubicación laboral y allí se mantuvo construyendo carreteras en los cayos hasta finales de 1998.

“Los primeros días se metió bulldozer día y noche para poder ubicar las canteras. Echamos abajo cayos comple-



tos a buldócer, machete y dinamita (...). Éramos novatos, teníamos nociones muy vagas de lo que estábamos haciendo, aprendiendo sobre la marcha, así que a ninguno nos importaban los flamencos ni nada de eso. Había que extraer piedras de donde hubiera y a una semana de llegar ya estábamos lanzando camiones en dirección a Morón”, agregó Pons.

“Se trazó una ruta, pero en realidad la mayoría de las cosas fueron dejadas a la improvisación”, recuerda otro trabajador de la obra entrevistado por CubaNet. Elvis Galindo tenía 18 años cuando fue llamado al Servicio Militar Obligatorio, durante el cual se mantuvo dos años, como soldado, dedicado a la construcción del pedraplén a Cayo Coco.

“Yo vivía en el mismo Morón (...). En vez de mandarnos a una unidad militar nos llevaron sin previa (preparación) a lo del pedraplén. Un grupo fue para los cayos, para que fueran echando piedras de allá para acá (...). Vivíamos en casas de campaña improvisadas, sin electricidad y con los jevenes que te levantaban en peso. Allí se hizo de todo para sobrevivir. No había leña para hacer fogatas porque no había árboles, entonces sacábamos el petróleo de los camiones y quemábamos trapos, gomas de carro y matojos (para ahuyentar los mosquitos). (...)

Nadie decía que había que proteger nada. De eso no se hablaba en aquella época (...). Cuando teníamos hambre sacábamos huevos de los nidos y ya, salíamos con linternas por la madrugada a cazar caguamas”, nos cuenta Galindo, ahora próximo a arribar a su sexta década de vida y con la experiencia de haber participado, años después, ya como trabajador civil, en la construcción de otros dos pedraplenes en la cayería norte de Cuba.

“Estuve después en Cayo Santa María. Allí también se hizo lo mismo. Mucha dinamita y excavadoras, aunque ya con otro sistema y con asesoría de ingenieros rusos, franceses y españoles (...), igual se abrieron canteras y se construyó una planta de hormigón que todavía está productiva, es la que abastece todo el turismo de Cayo Santa María. Cuando fui en 2017, se seguían extrayendo áridos de (las canteras) El Purio, Armando Mestre y Arimao. Cuando llegamos nosotros allí no había nada, ahora hay hoteles por todas partes”, apunta Galindo.

Un especialista del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA), autor de varios estudios sobre los impactos negativos de las construcciones y el desarrollo turístico en la cayería norte de Cuba, aceptó conversar con CubaNet sobre estos asuntos bajo la condición de que protejamos su identidad.

Para el experto, lo sucedido desde los años 80 hasta la actualidad pudiera ser considerado como la mayor catástrofe medioambiental ocurrida en Cuba.

“Fue una colonización salvaje, violenta desde que se vertió el primer camión de piedras”, nos dice el estudio. “He encontrado artículos en revistas, de la Universidad de La Habana sobre todo, de por esas fechas (1983-1985), que ya advertían de la catástrofe pero no tuvieron trascendencia alguna. Después de la Cumbre de la Tierra (Río de Janeiro, 1992) aparecieron otros estudios más profundos, se creó el CITMA en el 94, porque Cuba había firmado varios acuerdos pero en la práctica continuó todo igual. Siguieron destruyendo los cayos, los llenaron de carreteras, hasta llegaron a exportar miles de flamencos para zoológicos de todo el mundo y para compradores privados”.

En relación con la actualidad, considera el especialista que hay pocos avances en materia medioambiental: “Ahora están más cuidadosos porque se está imponiendo en el mundo un mercado importante, mucho más ventajoso económicamente, que es un turismo de naturaleza de exclusividad, pero mientras no llega ese tipo de cliente se sigue construyendo a todo tren y el desastre es irreversible. El turismo más invasivo, depredador, se impone porque es el tipo de turoperador y el tipo de clientes que tiene Cuba como destino de sol y playa en más del 70 por ciento de su portafolio”.

Y, más adelante en la conversación, se extiende en detalles sobre el caos al interior de las instituciones creadas por el régimen con el propósito de “proteger” el medio ambiente: “Después de la pandemia pudiera haber un retroceso porque están desesperados por vender esos destinos”, advierte el especialista. “Ni siquiera desde el CITMA se puede hacer mucho (...). Hay incentivos fiscales, moratorias, exenciones para los inversionistas extranjeros, con plazos demasiado generosos. Las cadenas hoteleras más importantes son eximidas de los impuestos por el uso y explotación de los recursos naturales. Las regulaciones son las ideales pero en la práctica son una for-

malidad. Las licencias son solicitadas bajo presión de los organismos de la administración del Estado que debieran velar por su cumplimiento estricto, como parte del proceso de conformar el expediente de las obras. Nos envían a nosotros los especialistas para que evaluemos el impacto medioambiental de una construcción pero igual nos dicen que no seamos tan exquisitos, y si nos ponemos pesados le pasan el expediente a otro, y así hasta que se aprueba. Todo lo malo que uno ve en los estudios de campo se queda en los informes, se publican las investigaciones como parte de una maestría o un doctorado, para asistir a un congreso en no sé donde, pero después se engaveta”, advierte el entrevistado.

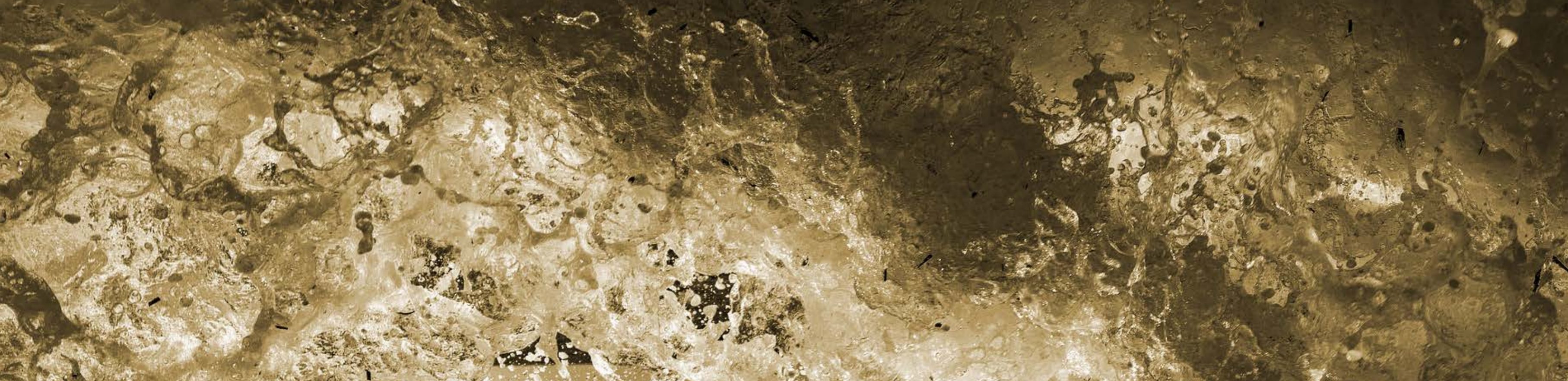
Cambio de planes. Caen los soviéticos y llega el turismo a los cayos

El 26 de julio de 1988 es terminado el pedraplén que une tierra firme con los Jardines del Rey, pero al año siguiente el campo socialista de Europa del Este deja de existir. La ayuda económica de los soviéticos se esfuma y con ella los planes personales de Fidel.

Cayo Coco y Cayo Guillermo ya no serían el nuevo Cayo Piedra de los Castro pero tampoco el balneario de recreo prometido a los obreros avileños y sus familias una década atrás. El 12 de noviembre de 1993, en pleno Periodo Especial, el dictador inaugura el primer hotel de Cayo Coco, un cinco estrellas de 458 habitaciones, administrado por el grupo español Guitart Hotels, que se propuso llegar a las 1000 habitaciones en la Isla pero las cosas con Fidel Castro no le fueron muy bien.

En sus excesos de megalomanía, sin detenerse a pensar en el daño ambiental que ocasionaba, Fidel Castro se empeñó en convertir el archipiélago Sabana-Camagüey, también denominado como Jardines del Rey, no solo en el mayor polo turístico del país sino de toda la región del Caribe. Este sistema insular, constituido por más de 2 517 islotes y cayos, ocupa una extensión de 465 kilómetros de largo en la costa norte de Cuba.

Pero el impacto ambiental no solo se circunscribió a los cayos Coco y Guillermo sino que se extendió más allá. Por



ejemplo, los efectos negativos en los acuíferos del territorio villaclareño son alarmantes. Solo en Cayo Santa María se bombea a diario, desde tierra firme, unos 140 litros de agua por segundo, sumados a otros 50 extraídos de los escasos acuíferos del lugar, lo que ha repercutido en un abastecimiento para la población local calificado como deficiente, incluso como nulo en varias zonas, según se refleja en los propios medios de prensa oficialistas.

Debido al valor escénico de los paisajes, las hermosas y extensas playas, el estado de conservación de sus ecosistemas y el elevado endemismo en la diversidad biológica terrestre y marina, esta cayería fue propuesta como "Región Especial de Desarrollo Sostenible" precisamente por esas fechas de inicio del auge constructivo para el turismo pero, como indican estudios de hace 20 años atrás y se reitera en investigaciones más recientes, eso no se ha traducido en cuidados sino en sobre-explotación.

Una de las investigaciones más importantes sobre el asunto está accesible en internet y fue publicada en 1999. Es un estudio conjunto del Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría (actual CUJAE), la Agencia de Medio Ambiente y el Centro de Inspección y Control Ambiental, de Cuba, donde se evaluó el impacto ambiental de las construcciones turísticas en la cayería norte y demás

zonas costeras de la Isla.

Otro informe, del Centro de Información, Gestión y Educación Ambiental (CIGEA), por esa misma fecha (1998) ya advertía que el desarrollo acelerado del turismo en la cayería era una de las causas que estaban provocando daños al ecosistema marino, en particular la construcción de viales y otras obras.

Desde entonces y hasta la actualidad se ha generado una montaña de investigaciones sobre la problemática, pero muy poca resonancia han logrado las alertas, emitidas incluso desde las instituciones científicas creadas por el gobierno cubano.

En todas se insiste en que, a solo pocos años del inicio de las inversiones en los cayos ya se apreciaban "efectos ambientales indeseables", y afectaciones "severas" a la vegetación, los hábitats de la fauna, los paisajes, los suelos y los humedales, "como consecuencia de las acciones constructivas realizadas". Se ha señalado, además, la perjudicial apertura y explotación de canteras, los excesivos desbroces de la vegetación y el relleno de las lagunas costeras.

Internacionalmente pero en especial en el Caribe, el mercado turístico que se impone es el de operadores mayoristas enfocados en ganancias a corto plazo. Cuba

no escapa a esa realidad. En tal sentido los acuerdos se firman sin revisar mucho las cuestiones ambientales, y las normas se convierten en una formalidad, en papeleo que debe ser archivado en los expedientes porque Cuba es signataria de convenios internacionales que la obligan a esto.

"Se involucra en el gobierno a los máximos responsables de que esas cuestiones se cumplan, al menos en su expresión mínima", asegura Ariel Heredia, exfuncionario del Ministerio de Turismo, en entrevista para CubaNet.

"Para que se hiciera esa locura en los cayos primero nombró como ministro de Turismo a Osmany Cienfuegos. Valga decir que al mismo tiempo que destruía la cayería norte se encargaba de limpiar la imagen del país con su proyecto ecológico personal en Las Terrazas (en la Sierra del Rosario, Pinar del Río)", afirma Heredia y continúa su explicación: "Nombró a Guillermo García Frías como ministro de Transporte porque se trataba de construir una locura de carretera pero cuando en los 90 empezó lo del turismo le pasó el cargo a Senen Casas, el hermano de Julio Casas Regueiro, que fue el verdadero creador de GAESA desde el departamento económico de las FAR (Fuerzas Armadas). Después pusieron a Manuel Marrero de ministro de Turismo, un militar e inversionista de GAESA,

que recién nombraron primer ministro (...). ¿Hay problemas con el agua? ¿Hay que construir campos de golf e inmobiliarias? Entonces, ¿quién mejor que Inés María Chapman, la (expresidenta) de Recursos Hidráulicos, para vicepresidenta?"

Las turoperadoras, como indica uno de los estudios citados anteriormente "establecen sus condiciones comerciales expresadas generalmente en requisitos sobre la forma y la función de la planta hotelera y (...) en códigos arquitectónicos y de planeamiento, como una condicional de venta para los países necesitados de rápidos ingresos, que se ven obligados a hipotecar su capital natural con riesgo de perderlo para el futuro".

Constantemente se viola la legislación ambiental vigente, desde la Ley No. 81 del 11 de julio de 1997, sobre la protección del medio ambiente y del uso racional de los recursos naturales, hasta las regulaciones sobre el tratamiento de desechos peligrosos (Resolución No.15 de 13/ 2/96), sobre la protección, uso y conservación de las aguas terrestres (Decreto No.179 de 2/2/93), el uso de los suelos (Decreto 199 de 10/4/95), entre muchas otras más actuales.

El desastre ambiental no es asunto del pasado

En el documento titulado "Estrategia ambiental nacio-

nal 2016–2020”, publicado por el Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, hay descrito un panorama medioambiental similar al de los años anteriores.

El informe no solo da cuenta de deficiencias en la planificación y jerarquización, de acuerdo a los recursos disponibles, sino además de las insuficiencias en el financiamiento, a pesar de que el país recibe apoyo de varios organismos internacionales.

También se habla de una “limitada introducción de los resultados de la ciencia, la tecnología e innovación, así como de la dimensión ambiental en las políticas, planes, programas de desarrollo y el ordenamiento territorial”.

“Como consecuencia”, añade el reporte, “los recursos naturales están afectados en diversa magnitud, tanto en su disponibilidad como en su calidad. Además, existe un grado significativo de contaminación ambiental, con un

sensible impacto en el estado de los diferentes componentes del medio ambiente y la calidad de vida de las personas”.

El documento da cuenta de la existencia de más de 29 canteras en explotación en Cayo Coco y al menos dos en Cayo Guillermo, lo cual causa deterioro del hábitat, el paisaje y alta contaminación por el vertimiento de desechos sólidos y líquidos. A lo cual se suma que los viales construidos todavía interrumpen la circulación de las corrientes de aguas y limitan el intercambio con los acuíferos interiores, lo cual refuerza la contaminación y contribuye a la muerte de especies.

En el presente, las mayores fuentes de impacto en esos ecosistemas continúan siendo, de acuerdo con el informe citado, el traslado de combustible y otros productos tóxicos, el vertido accidental de materiales, el tráfico de

vehículos pesados, las obras para el abastecimiento de agua, el vertimiento de capa vegetal ajena a la original del sitio, las facilidades temporales de la construcción, el tratamiento inadecuado de los residuales líquidos y el turismo masivo. En otro nivel de importancia se reporta el relleno de acuatorios y lagunas, la explotación de canteras, la extracción de arena por los dragados, el transporte de materiales y las voladuras con explosivos.

A pesar de la alta fragilidad y sensibilidad ecológica de las costas cubanas, y de la aparente “preocupación” por el medio ambiente mostrada por Fidel Castro en 1992 en la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro, desde mediados de la década de los 90, el Ministerio de Turismo se propuso construir más de 50 000 habitaciones hoteleras, con capacidad para alojar un millón y medio de turistas al año.

El turismo de sol y playa ya para finales de los años 90 ocupaba el 74,6 por ciento de todo el producto turístico nacional. Pero en la actualidad aquellos planes han sido superados ampliamente. Tan solo en el archipiélago Sabana-Camagüey, a mediados de 2018, se cuantificaban en más 20 000 las habitaciones disponibles, con un crecimiento promedio de unas 2 000 habitaciones por año. Un comportamiento muy similar al de otras zonas del país donde la industria turística está generando otras catástrofes medioambientales.





LA HABANA, Cuba. – Los trabajadores por cuenta propia que ofrecen servicios al turismo han tenido que asumir nuevas formas de gestión económica para obtener ingresos y sobrevivir a la profunda crisis que atraviesa el sector desde el comienzo de la pandemia de COVID-19.

Gilberto, quien solicitó resguardar su identidad para evitar represalias, es uno de los cuentapropistas que quedó sin empleo y aunque no para de “inventar” para ganar dinero y sustentarse, confiesa que la escasez que existe en el país también lo ha dejado prácticamente sin opciones.

“Ahora con el tema de la COVID, los extranjeros no vienen. Ahora mismo nadie tiene trabajo, todo el mundo está parado”, aseguró el joven.

Gilberto se desempeñaba como chef de cocina en uno de los restaurantes que cerró por la falta de clientes extranjeros. Luego, optó por abrir una repostería que no ha tenido éxito por el grave desabastecimiento de materias

primas y alimentos.

“Todo lo venden en MLC (dólares) y cuando vas (a las tiendas) no hay nada tampoco. Saqué una licencia y al final no te venden harina, no te venden huevos, no te venden azúcar, no te venden nada”, lamentó.

Asimismo, el entrevistado denunció que los precios de los pocos productos que se encuentran están demasiado altos, lo cual dificulta aún más su trabajo. “Son precios que ya no sé cómo un ser humano aquí en Cuba puede aguantar: un saco de harina que valía 300 pesos ahora vale 2500, un cartón de huevos 300 pesos. Es demasiado”, apuntó.

Entretanto, el joven asegura que sus sueños de estar al frente de la cocina elaborando platos no le ha quedado más remedio que guardarlos debajo de la cama. “Ahora de cocinero tienes que pasar a recoger laticas; la vida ha dado un giro de 180 grados, hay que olvidarse de cocinar”, lamentó.

Otros que han tenido que hacer maromas en el aire para sobrevivir han sido los transportistas que prestan servicios a los turistas, según contaron a CubaNet dos choferes de Cocotaxi entrevistados bajo condición de anonimato por miedo a represalias.

“Ahora prestamos servicios a los nacionales y aunque no nos buscamos la misma cantidad de dinero al menos nos da para seguir sobreviviendo hasta que pase la crisis de la COVID”, apuntó uno de los choferes.

Sin embargo, el otro insistió en que ha atravesado muchas dificultades en el contexto de la pandemia y que los ingresos que gana apenas le alcanzan para alimentar a sus hijos.

“A mí sí que no me hablen de nada porque te juro que a nosotros no nos ha ayudado nadie y cuando pienso que me las vi feas, cada vez me dan más ganas de protestar, lo que me aguanto por la familia”, contó.

Cuentapropista del sector turístico: “Ahora mismo nadie tiene trabajo”

“Ahora con el tema de la COVID, los extranjeros no vienen. (...) Todo el mundo está parado”, lamentó un trabajador por cuenta propia entrevistado por CubaNet.

ENRIQUE DÍAZ Y VLADIMIR TURRÓ



Cerrar y marcharse, única alternativa al emprendimiento

A la competencia "independiente", a esos "herejes" sin "padrinos" ni "bautismo", el régimen solo les dejará la alternativa de cerrar sus negocios o marcharse del país.

ERNESTO PÉREZ CHANG

LA HABANA, Cuba. — Que a las economías en el mundo les ha ido mal a causa de la pandemia es una realidad sin excepciones. Unos países han podido o han sabido manejar la crisis de manera exitosa, mientras otros, como aquellos que dependen en buena medida del turismo, se las han visto bien mal.

El caso cubano está entre los peores en ese y otros muchos aspectos. Dejemos a un lado la propaganda oficialista sobre las vacunas y el control de los contagios. Sabemos lo que ha costado a los cubanos y cubanas

tales alardes. No solo en dinero, escaso y con poco valor real después de la "reforma", sino en meses y meses de encierros, en pérdida de los derechos más elementales como seres humanos, en vivir como animales persiguiendo el alimento, haciendo malabares para comprar una mascarilla o un desinfectante en el mercado negro porque el gobierno no los distribuye, se los apropia en su totalidad para su uso exclusivo.

Los indicadores del sector turístico del año 2020 y del primer trimestre de 2021 son terroríficos y no hay señales en el horizonte de que se haya tocado fondo en la caída.

No solo el coronavirus paralizó la industria del ocio en la Isla —que, junto a la comercialización de servicios médicos y las remesas, fue hasta el 2019 la principal y "más segura" fuente de ingresos del régimen— sino que llegó para reforzar un desastre que estaba aquí desde antes, como consecuencia de una perversa estrategia gubernamental de estrangulamiento del "sector privado" que, a raíz del proceso de normalización de las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, se proyectaba a corto plazo como el elemento más importante de la economía, dejando a la saga al sector estatal, colocándolo en el lugar que le correspondería en una democracia.

El temor a que el crecimiento económico se tradujera

en protagonismo político-ideológico desató la cacería de brujas. La acumulación de capital, el ser beneficiarios directos de ayudas provenientes del exterior (en especial de los Estados Unidos), el fortalecimiento de una economía paralela que drenaba capital fuera de Cuba como consecuencia de leyes y decretos que impiden a los cubanos participar en la economía nacional de igual a igual con los inversionistas extranjeros, el éxodo de fuerza de trabajo en la "empresa estatal socialista" y el inicio espontáneo de un "peligroso" proceso de organización gremial de los emprendedores "independientes", fueron elementos reconocidos como una amenaza a la seguridad nacional por parte del Partido Comunista, negado a ceder un mínimo de su poder absoluto.

Casi al mismo tiempo que el Air Force One aterrizaba en La Habana, comenzaron con el asedio a los transportistas privados, buscando monopolizar en las empresas estatales los servicios de taxi y renta de autos para el turismo, precisamente cuando, como efecto del deshielo, se pronosticaba un crecimiento significativo en el arribo de visitantes.

Emitieron algunos decretos (que meses más tarde se consolidaron en leyes) prohibiendo el acceso de los taxistas privados a los aeropuertos y las operaciones en las

cercanías de los hoteles; al mismo tiempo elevaron los requerimientos técnicos para otorgar licencias y repartieron multas a diestra y siniestra. Para rematar, disfrazaron de "cooperativas" a decenas de bases estatales y pusieron militares a dirigirlas como si fuesen "emprendedores" civiles, todo con el fin de acaparar los beneficios de las flexibilizaciones y licencias en el intercambio comercial con los Estados Unidos.

A la guerra tramposa contra los choferes independientes sucedió casi de inmediato la ofensiva contra los arrendadores privados. Una buena parte de quienes levantaron sus negocios con esfuerzo propio (es decir, sin gozar de los privilegios de ser familia o amistad de un "dirigente" o militar de alto rango) se rindieron o pactaron bajo los ataques despiadados de los inspectores.

Los sobrevivientes, obligados a diseñar miles de estrategias para esquivar las multas, los retiros de licencias y hasta los decomisos de bienes, pudieran dar cuenta de cuán costoso y amargo les resultó el mantenerse a flote. Las cosas marcharon "más o menos" hasta ahora, en que todo se ha venido abajo y se han visto obligados a vender apurados para recuperar el capital invertido o para marcharse del país de manera definitiva.

Probablemente algunos de nosotros en Cuba ha sabido, incluso, de arrendadores que, bajo pena de retirarse las licencias, en su momento fueron presionados a convertirse en colaboradores de la policía política, a la cual debieron rendir cuentas sobre determinados huéspedes "de interés" y los movimientos de estos. Les abrían las puertas a los "americanos" pero no les perderían ni pies ni pisada.

También sabemos o al menos sospechamos de cuáles casas, fincas, hostales y mansiones fingían en Airbnb ser "negocios privados", "emprendimientos familiares", cuando en realidad son de esos centenares de "casas de protocolo", en todo el país, que el propio gobierno transformó en "casas de renta" cuando algunos predijeron esa oleada de turistas estadounidenses que jamás llegó, y que posiblemente jamás llegará.

El objetivo era el mismo que con los taxistas privados, es decir, dejarlos fuera del negocio y, sin duda alguna,

impedirles prosperar económicamente, porque esa sería la primera zancada para que un tipo de independencia –en este caso financiera– terminara transformándose, poco a poco, en otras independencias mucho más cercanas al concepto de “libertad plena”, la cual, por su “peligrosidad”, le está negada rotundamente al cubano de a pie.

La pandemia llegó casual y justamente en ese momento crítico de la ofensiva del Partido Comunista contra un emprendimiento individual donde más del 80 por ciento de los negocios dependen de los servicios al turismo.

Estalló la debacle sanitaria precisamente cuando el régimen, bajo la perpetua justificación del embargo, se preparaba para asestar el golpe final a esos “cuentapropistas” que más le estorbaban, dejando apenas la cantidad necesaria para no hacer evidente –en estos tiempos en que la imagen lo es todo– que se trataba en realidad de recuperar el territorio perdido, de sustituir lo verdaderamente individual (aunque no fuera del todo “privado”) por eso otro que finge serlo.

Un modo de arrebatarse para sí, torpemente, ese “empoderamiento” del cual el gobierno estadounidense

excluye a militares y sus familias. Porque, en buena lid, el deshielo no resultó como algunos quisieron por allá arriba, pero tampoco como muchos anhelaron por aquí abajo.

Cuando la pandemia llegó con sus precariedades y miserias, hacía meses que los mercados y gasolineras de la Isla andaban totalmente desabastecidos, mientras que la dolarización del comercio venía en camino a toda carrera.

Lo habrían hecho así de drástico con virus o sin él. Hasta pudiera decirse que este llegó en el momento que “políticamente” más lo necesitaban para justificar cierres, prohibiciones, racionamientos, militarizaciones, multas, sanciones, toques de queda, desalojos y decomisos, incompetencias y burradas pero sobre todo, una “reforma” económica que no hay otra palabra para calificarla que no sea “criminal”.

No tengo noticias de ningún otro país cuyo gobierno, en el contexto de la pandemia, haya puesto en práctica una estrategia económica que agravara aún más la situación, sumando a los problemas de pérdida del empleo y a los efectos psicológicos y físicos de los largos confinamientos, la reducción y desaparición de los ingresos y de los ahorros personales, la eliminación de ayudas, el

alza abusiva de los precios, la angustia de no encontrar alimentos para llevar a la mesa familiar, la escasa utilidad de la moneda nacional, de los salarios y la obligatoriedad de rapiñar un dólar a como dé lugar para acceder a la tienda.

Así, la situación que hoy atraviesan los “cuentapropistas”, a más de un año de cierre y paralizaciones (y a mucho más de un quinquenio de ofensivas contra el emprendimiento privado), es mucho más dramática que la descrita en los informes del régimen sobre las pérdidas económicas del turismo entre 2020 y lo que va de 2021.

Los números publicados apenas traducen los perjuicios en el sector estatal, las afectaciones a las arcas del régimen y de los empresarios extranjeros, pero invisibilizan, esconden, no dan cuenta, pretenden ignorar –con total mala intención– lo que ocurre fuera de los predios de la “empresa estatal socialista”. Es esa zona oscura, marginal, está ocurriendo lo peor de la crisis, y es el preámbulo de un éxodo masivo, muy similar al del pasado “Período Especial”.

Intuimos, por la observación de nuestro entorno y las redes sociales, que muchos privados han optado por vender los negocios en los que tanto dinero y tiempo invirtieron. No son uno ni dos, son cientos de ellos (más la oleada de desempleo que genera) abandonando al unísono, definitivamente, porque han perdido toda esperanza de un retorno a la “normalidad”, ni siquiera cuando la pandemia sea un recuerdo.

Porque se han golpeado la cabeza con una verdad que no quisieron ver: la situación que atraviesan no es consecuencia de algo “circunstancial”, “pasajero”, como el virus sino del constante desamparo que padecen en un contexto donde ser “independiente” nunca será bien visto.

En Cuba, ser “independiente” es igual a ser “enemigo”, real o potencial. Y, aun cuando dice reconocer la “propiedad privada”, ya sabemos la violencia que pro-

mueve y respalda la nueva Constitución al respecto de los “enemigos”. Una “ley de leyes” tan “oportunamente” contradictoria.

No se habla en ningún “informe oficial”, con cifras y detalles, con historias de vida, de arrendadores, transportistas, artesanos, meseros, cocineros, barmans, disc jockeys, artistas, animadores, agricultores, torcedores de tabaco, entre otros. Ni de “jineteros” y “jineteras”, también trabajadores independientes a los que la pandemia ha colocado definitivamente en la única encrucijada de cualquier cubano de a pie: darse por vencido o marcharse.

Aunque relegados, perseguidos, usados, maltratados y a ratos criminalizados, son los “cuentapropistas” y “empresarios privados” ese grupo social que en Cuba, por sus ingresos económicos y actitudes, no pudiera considerarse como integrado por hombres y mujeres de “a pie”.

De un modo o de otro han desempeñado un papel importante en el apoyo interno y externo al régimen, en tanto su prosperidad económica ha dependido en gran medida no solo del turismo sino, además, de mantener y preservar el status quo, pero la pandemia les ha movido el piso e incluso a muchos de ellos los ha colocado en la perspectiva idónea para comprender que, para el Partido Comunista, son tan ciudadanos de segunda como cualquier otro cubano, viva dentro o fuera del país.

Cuando la pandemia comience a menguar o termine, cuando la llamada “locomotora” de la economía eche a andar otra vez, tendremos un escenario muy diferente al anterior a 2019 donde los obstáculos al emprendimiento individual, en especial los relacionados con el turismo, serán mucho más difíciles de salvar, porque todo ha sido diseñado para no dejar escapar un centavo, para favorecer al sector estatal y a las grandes empresas extranjeras. A la competencia “independiente”, a esos “herejes” sin “padrinos” ni “bautismo”, solo les dejarán la alternativa de cerrar o marcharse.





A falta de turistas, los hoteles del régimen le venden la comida al pueblo

“La comida que voy a comprar (en un hotel) representa un tercio de mi salario, pero eso no es lo asombroso; lo inexplicable es que el pollo y el refresco no lo vendan en las tiendas”, se queja un habanero.

AUGUSTO CÉSAR SAN MARTÍN

LA HABANA, Cuba. – Hoteles vacíos llenos de comida: ese es el panorama de las instalaciones turísticas de La Habana, una ciudad donde la escasez de alimentos provoca largas colas en las tiendas desabastecidas.

Desde el inicio de la crisis sanitaria provocada por la pandemia de COVID-19, los hoteles de la capital iniciaron la venta de alimentos a domicilio para atenuar la crisis generada por el cierre de las fronteras y la cancelación del turismo. Así surgió, semejante a las tiendas en moneda libremente convertible (MLC), otro mercado

con precios inaccesibles para la población.

Algunas instalaciones turísticas emblemáticas como el Hotel Nacional y Capri, iniciaron la venta de alimentos preelaborados como picadillo de res, pollo y carne de cerdo.

Según las autoridades del sector turístico, así se proponían afrontar el impacto de la pandemia. Las ventas debían generar ingresos que permitieran el mantenimiento de las instalaciones y el respaldo salarial de los trabajadores suspendidos con el 60 por ciento de su sueldo.

No obstante, la prolongación de la crisis mantiene la caída del turismo por segundo año consecutivo. El régimen de la Isla busca soluciones para salir de su peor crisis, atrayendo al turismo con la vacuna anti COVID-19 de producción nacional. Pero nada define el tiempo que tomará la recuperación del sector catalogado como la locomotora de la economía cubana.

La Oficina Nacional de Estadísticas e Información (ONEI) registra en los dos primeros meses de 2021 la entrada a Cuba de 57 387 viajeros, de ellos 35 611 visitantes internacionales. En la misma fecha del 2020 Cuba registró 973 661 viajeros (792 505 visitantes).

Estas cifras describen la parálisis de las instalaciones hoteleras, vacías por demasiado tiempo. Como estrategia para conseguir clientes extranjeros, el Gobierno seleccionó hoteles como Parque Central, Capri, Meliá Habana, Vedado y Tulipán, para alojar a los viajeros (incluidos los cubanos no residentes en la Isla) que arriben al país y deban cumplir el protocolo de aislamiento de seis días.

En el recorrido realizado por CubaNet alrededor de los principales hoteles habaneros, se constató la venta de alimentos y artículos de primera necesidad. Además, en conversación con los trabajadores se conoció que en las instalaciones vacías se actualizan los contratos de abastecimiento de víveres con empresas productoras e importadoras de alimentos.

La gestión contrasta con la escasez de alimentos en los mercados a lo largo de toda la Isla.

Las empresas Nestlé y Coppelia continúan abasteciendo de helados a hoteles cerrados, que terminan vendiéndolos a precios exorbitantes en tarimas dispuestas alrededor de sus instalaciones. Cinco litros de helado por 400 pesos, el mismo precio establecido en el mercado negro.

Desde mediados del pasado año el helado fabricado por Nestlé desapareció de todas las cafeterías y tiendas que vendían regidas por los precios minoristas del mercado.

Ahora, según las tablillas de venta de los hoteles, la carne de cerdo, cordero y res, el pollo, el café, las bebidas alcohólicas de producción nacional y los embutidos permanecen en la oferta de estas instalaciones.

En el hotel Deauville, cerrado al público, un pollo entero asado y 12 cervezas se venden por 800 pesos. En el hotel Parque Central se vende el pollo entero asado (1,2 kg) con papas fritas por 230 pesos, y tres pollos enteros y dos botellas de refresco gaseado (1,5 litros) por 690 pesos.

En el hotel Riviera una botella de ginebra y cuatro de agua tónica importadas valen 840. Salmón ahumado (1 kg) y una botella de whisky Johnnie Walker Red Level tienen el precio de 2000 pesos.

En los llamados “combos” que se venden en estas instalaciones, se mezclan productos de primera necesidad y las bebidas alcohólicas. Una botella de aceite y cuatro cervezas por 300 pesos, lo que duplica su precio de las tiendas. La misma botella de aceite de soya refinado cuesta en el mercado regular 48,75 pesos, y 30 cada cerveza.

Precio de hotel

Si todos los productos que se venden en los hoteles faltan en las tiendas, ¿por qué no hay aglomeraciones alrededor de estas instalaciones?

Las ventas en los hoteles se caracterizan por colas cortas, debido, claro está, al “precio de hotel”, una calificación usada por los cubanos para describir el inaccesible costo de esos centros.

El aumento del salario mínimo a 2100 pesos es equivalente a 87 dólares, según el cambio oficial, pero la realidad es otra. El dólar estadounidense, que augura dominar la economía cubana, se comercializa en el mercado informal al doble de la tasa cambiaria fijada por el Gobierno. La escala salarial diseñada por el régimen para el llamado Ordenamiento y la unificación monetaria se redujo a la mitad.

De ahí que los llamados “precios de hoteles” se alejen del bolsillo de los cubanos, azotados por la inflación económica, los altos precios y el desabastecimiento.

“La malta sale a 48 pesos, lo mismo que si la compro en dólares, pero en dólares no hay”, se quejó una mujer mientras hacía la pequeña cola en el Hotel Presidente para comprar las 12 maltas Bucanero que se ofertan por persona. El precio minorista de la malta es de 15 pesos.

En las afueras del Hotel Parque Central, uno de los compradores que hacía fila para comprar pollo entero cuyo combo incluye dos pomos de refresco de Cola, de producción nacional, comentó:

“La comida que voy a comprar (690 pesos) representa un tercio de mi salario, pero eso no es lo asombroso; lo inexplicable es que el pollo y el refresco no lo vendan en las tiendas, así como están aquí”.



La Habana: ruinas de la desidia

Hoy, La Habana toda es un terreno inmenso que va ganando valor solo para alguien que no vive entre sus ruinas.

ERNESTO PÉREZ CHANG

LA HABANA, Cuba. – En la antigua calle Egido, que unida a Monserrate fue rebautizada en 1918 como Avenida de Bélgica, está el Palacio de las Ursulinas. De los edificios más pintorescos de la Isla pero una más entre el centenar de estructuras ruinosas de La Habana Vieja. Una más entre las que, con toda mala intención, fueron postergadas por la obra restauradora de la Oficina del Historiador.

El de las Ursulinas, como cualquier cuartería y “lleguipón” de Cuba, nos recuerda que lleva más mérito la obra

del pobre (porque de cualquier ruina o local abandonado inventa un techo para su familia) que la de un funcionario respaldado por el poder. Para este, cubrir con pan de oro la cúpula del Capitolio es mucho más fácil que para el cubano pobre conseguir un saco de cemento o la legalización de una choza.

El Palacio de las Ursulinas fue echado al olvido no por estar en la periferia del casco histórico —la “vitritina” para sacarles billetes a los turistas y a los cubanos alardosos—, sino por estar demasiado cerca de esa zona, tan próxima a la calle Monte —excesivamente “popular”—, donde habita, sobrevive y deambula gente muy pobre, sobradamente “pintoresca”, digamos.

El edificio es de inicios del siglo XX, pero su historia se remonta al pasado colonial. La fachada plena de arabescos fue pionera en ese movimiento arquitectónico de inspiración morisca que definió una época. Detalles suficientes para conservarlo pero inoportunamente habitado por “gente común”, demasiado “sencilla” como para que el gobierno gaste plata en rehabilitarles las viviendas improvisadas. Mucho menos cuando son propiedad individual o usufructo gratuito, lo que jamás amortizaría

el capital invertido.

A pesar del deterioro, el Palacio de las Ursulinas continúa siendo una de tantas ciudadelas consideradas “de interés” para el desarrollo turístico que ha “cometido el error” de no desplomarse parcial o totalmente cuando el régimen hubiera querido, es decir, cuando ha estado cerca la oportunidad de ofrecer el edificio o la parcela donde está emplazado a algún empresario extranjero para que instale su negocio, mientras las decenas de familias que lo habitan son “reubicadas” en albergues y feos repartos de la periferia.

Pero con este sobreviviente obstinado no ha funcionado —hasta el momento— esa sospechada estrategia de desplazamiento de personas, practicada con regularidad por los organismos estatales con capacidad de reservar y otorgar parcelas para, fundamentalmente, la construcción de hoteles. Porque en el meollo de los planes sin dudas está el atraer turistas, al mismo tiempo que alejar a sus “vecinos” cubanos. Poner a cada cual en el lugar que le corresponde en la carrera por esconder la pobreza y “cancunizar” el archipiélago.

Así, un par de rajaduras en los muros, un techo que

amenaza con abrirse o la caída de un balcón habrían justificado el desalojo total. No obstante, ahí permanece el Palacio de las Ursulinas, con la estabilidad milagrosa de los hormigueros, a pesar de la multiplicación azarosa y laberíntica de “barbacoas”, “placas intermedias”, tabiques, tuberías, drenajes improvisados, cisternas individuales y, sobre todo, de cientos de inquilinos permanentes y de paso, legales e ilegales.

Solo hará falta que a algún empresario extranjero o militar “emprendedor” se le antoje ocupar esa joyita arquitectónica y comenzarán, otra vez, las presiones sobre los vecinos para que abandonen.

Sabemos de lo que son capaces de hacer los dueños del país para, sin tener que pagarles un centavo, las personas acepten el desarraigo y hasta parezcan felices cuando comprueben que hubo cemento, acero, pintura y vidrio suficientes para transformar las ruinas donde vivían en hoteles de cinco estrellas. Pero jamás apareció el horcón de madera para apuntalar el balcón que causó la tragedia.

Los alrededores del Capitolio (donde “casualmente”

los edificios no han podido resistir tanto como el Palacio de las Ursulinas y sus habitantes) han sido “blanqueados” bajo esa estrategia de los desplazamientos silenciosos. Le han dado tiempo al tiempo, y este ha hecho lo suyo. Se han propuesto prescindir de ese “populacho” de moneda nacional y de bolsillos vacíos, personas fundamentalmente de piel negra, cubanos y cubanas que no encajan ni como decorado de fondo en esta puesta en escena de turistas blancos que buscan sol, playa y, sobre todo, sexo con los pobres desplazados.

Y aunque la pandemia para la “gente de a pie” ha sido sinónimo de hambre, de toques de queda, de pa-

ralizaciones, estancamientos y retrocesos económicos, para “GAESA & Cía.”, en lo que respecta a su obstinación de ampliar la “planta habitacional” (para turistas que no llegan), el coronavirus apenas ha sido un catarro de temporada por el cual no vale la pena salirse del guion.

Las grúas y excavadoras de las constructoras para el turismo no se han detenido en estos meses de “crisis”. Los camiones cargados de cemento, arena y acero bloquean las calles cercanas a las obras. Sin dudas hay, “pero no te toca”.

Viejas estructuras de alto valor patrimonial y arquitectónico, desde hace décadas transformadas en mugrientas

cuarterías, se vienen abajo pero, en las proximidades, cuando ocurren los derrumbes, en cuestión de segundos, las tapias de metal y los parqueos provisionales demarcan las “parcelas de interés”. Marcan territorio y además se preparan para el avance, manzana por manzana, como si siempre hubieran estado esperando a que los solares caigan como fichas de dominó.

Quizás pronto o tarde descubriremos cómo a hurtadillas, cual bandidos, se han propuesto, por ejemplo, recuperar para el turismo, y no para sus actuales moradores, ese destartalado, deprimente, hotel Perla de Cuba o al menos el terreno privilegiado que ocupa detrás del

Capitolio.

Si la fachada y la estructura no ya les sirven, entonces las dejarán caer sobre nuestras cabezas. Jamás sobre las suyas. Es lo que hacen. Pasará igual con el antiguo hotel Bristol, hoy invadido por la “gentuza”, y con el Astor, como con el San Luis, el Regina, el Roosevelt, el Isla de Cuba y el New York, como con muchos otros que hoy son “parcelas” por vender o arrendar en la Cartera de Oportunidades. A fin de cuentas, La Habana toda es un terreno inmenso que va ganando valor para alguien que hoy no vive entre sus ruinas.



ENCUÉTRANOS ADEMÁS EN



ESCRÍBENOS A

cntredaccion@gmail.com

Para acceder a la página de Cubanet desde Cuba,
descarga PSIPHON, gratis y sin límites de ancho de banda

También puedes evadir la censura y acceder a nuestra página
directamente a través de un sitio espejo colocando la siguiente
dirección en la barra de tu navegador:

<https://s3.eu-central-1.amazonaws.com/qurium/cubanet.org/index.html>

Descarga la aplicación móvil de Cubanet tanto
para Android como para iOS

Recibe la información de Cubanet en tu teléfono a través
de Telegram o WhatsApp. Envíanos un mensaje con la palabra "CUBA"
al teléfono +1 (786) 316-2072